



abajo



Año II :- Se publica los domingos :- Aguilas, 26 de Marzo de 1932 :- Redacción: Aranda, 17-bajo :- Precio 15 cts. :- Núm. 23

La suprema verdad, que es la muerte, te separó de nuestro lado para siempre, pero tu recuerdo será eterno. ¡Adios compañero!

Ha muerto Antonio Rabal Hernández, buen hijo, amante esposo, leal camarada y fiel compañero. ¡Sí! Ha muerto, como un mártir más; sacrificando su preciada vida en el cumplimiento de su deber.

El hogar sencillo, humilde, bondadoso, de un trabajador, ha quedado vacío para siempre. Ya no volverá más la alegría de esta casa, porque él ha sido portador de ella; por su juventud, optimismo, capacidad, buenas costumbres, honradez acrisolada, amor; todo, en fin, que constituye el tesoro inapreciable de un alma buena y sencilla; de un corazón noble y generoso; de una vida ejemplar.

Entendimos todos, camaradas viejos y jóvenes, que una ofrenda merecía en su postrer y última hora, quien lo fué todo en nuestra organización; su más grande luchador y su mayor propagandista; y allá fuimos todos en apretado haz, con paso firme y una sola voluntad, a rendirle el homenaje de cariño y simpatía que sus compañeros los trabajadores sentían hacia él, no en la hora precisamente de su muerte, sino en vida también.

La ofrenda rendida a quien en vida lo fué y lo mereció todo, no pudo vestir una mayor sencillez. Ved y tomad ejemplo de cómo a los muertos se le rinde el tributo merecido.

Todo el pueblo, ese pueblo trabajador que sabe corresponder e interpretar bien el sentimiento humano, invadió las calles para unirse al paso del cortejo fúnebre y aumentar así la gran manifestación cívica; manifestación imponente que fué acompañan-

do hasta su última morada el cadáver de nuestra desgraciada y llorada víctima.

Ved también cómo las mujeres al paso del féretro, rindiéronle igualmente homenaje y le ofrendaron el último adiós; esa despedida que la dicta el corazón y la demuestran los ojos cuando brotan de ellos raudales de lágrimas, perlas líquidas que vienen a aliviar el gran dolor de unos padres y el de una esposa amantísimos que han quedado en el mayor desamparo, ya que fué este ser, para los primeros consuelo y amor constante y para la esposa, su fiel compañero y único amor de su vida.

Por la pérdida irreparable que supone para nuestra organización un hombre de este temple, honrado y trabajador; que fué fundador con otros compañeros de la Agrupación Socialista y del Consejo Obrero (Sindicato Nacional Ferroviario), esta Redacción se une al inmenso dolor que aflige a la familia del finado y le transmite por estas líneas el testimonio de su afecto y el pésame más sincero.

¡Descanse en paz nuestro querido compañero!

La familia del finado, Antonio Rabal Hernández, ante la imposibilidad de hacerlo personalmente, como hubieran sido sus deseos, nos ruegan, que por medio de estas columnas, hagamos extensivo su mayor agradecimiento a todos los que tuvieron la bondad de asistir al sepelio de su amantísimo hijo.

HOJAS AL VIENTO INJURIAS

No injuriéis. La injuria es de almas bajas. Es la razón del que no la tiene. Es coz. Es cornada.

La injuria es casi siempre hija de la envidia. La envidia es siempre hija de la impotencia. El envidioso es un impotente. El buey envidia seguramente al toro.

¡No injuriéis! ¡No babeéis! La injuria es baba. Y ya sabéis quiénes babean: las sabandijas, los bichos asquerosos. Ese coquito que se arrastra, ese coquito con cuernos, llamado caracol es todo baba. ¡No seáis caracoles! ¡Sed pájaros libres, de plumaje brillante, de vuelo alto, de esos que cantan hermosamente y alegran la vida!

¡No injuriéis! La injuria huele a patio de vecindad, huele a mercado, a regato de aguas sucias de fregadero, a hojas de hortaliza podrida, a tomates despanzurrados, a cabezas pisoteadas de pescadilla. ¡No injuriéis! El que injuria se injuria, se mancha, se convierte en irracional, en bestia, en, cosa vil.

De la injuria se pasa fácilmente a la calumnia. Y el calumniador es un criminal. Y los que instigan al calumniador y le rien sus infamias, más criminales todavía.

Si tenéis aficiones a escribir, si sois aspirantes a poetas, no toméis nunca la injuria como tema de vuestros engendros, para que, ya que por falta de méritos no adquiráis fama como escritores, no la perdáis como personas.

¡No injuriéis! Y si sois injuriados, reíos. Nunca faltarán gentes que os censuren, que os muerdan. Si sois alto y grueso, seréis un elefante; si alto y delgado, un hilo; si bajo y obeso, una bola; si bajo y el asno—por un alfiler. Y en todo igual. Ya sabéis el cuento de Malherbe, titulado «El padre, el hijo y el asno», ese cuento víctima de tantos plagios. Iban los tres—el padre, el hijo y el asno—por un camino. Cuando montaba el padre y el hijo iba a pie, los censuraban; cuando el hijo iba montado y a pie el padre, los censuraban también; si montaban los dos, los censuraban igualmente, y si iban los dos andando y el boricón descansando, los censuraban lo mismo. Decidieron, en vista de ello prescindir de lo que dijeran las gentes y caminar. Eso hay que hacer; despreciar y caminar.

Malherbe, el dulce poeta, gloria de la literatura francesa del siglo XVII, retrató al mundo en ese cuentecillo, que no reproduzco literalmente por no ocupar demasiado espacio.

Hay que despreciar las charlatanerías y, si pretenden ser injurias, más.

El que injuria, se empequeñece. El que desprecia al injuriador y sus palabras biliosas, imita a los hombres grandes de la Historia. Crisó-

fue escupido, insultado, abofeteado... y calló. Sócrates fue acosado a dicterios, maltratado, ofendido hasta en la memoria de su madre Tresa... y rió. Catón, el gran romano fué golpeado en la cara, escarnecido de mala manera... y negó que hubiera sido injuriado. Pablo Iglesias fue calumniado, silbado, tratado de loco... y siguió su camino. Zola oyó mil veces gritar a su lado: ¡Abajo Zola! ¡Muera Zola! ¡Al agua Zola! Desde la prensa, desde todas partes se le llamó cerdo, crapuloso, miserable... y Zola murmuraba: «Para que mi triunfo sea completo, necesito que un insultador vaya detrás de mi carro.» No hay hombre de mérito que no tenga injuriadores. Los hombres más prestigiosos de nuestro Partido, los que más trabajan por los ideas, los que más se interesan por el proletariado—los Besteiro, los Saborit, los Largo Caballero, etc.—, son los que reciben más insultos, son los más calumniados.

¡Qué triste papel el del injuriador! Sus mismos amigos, los que se llaman sus amigos, le desprecian interiormente, se ríen de él, y quizá más que nadie por conocerle más a fondo. A lo sumo, sienten por él la piedad que se siente por un enfermo: por un enfermo de envidia, de odio, de pequeñez, de ruindad... ¡Pobre injuriador! El no tiene culpa de ser como es, como no la tiene la víbora de ser venenosa y repugnante.

La escena la he visto muchas veces.

El muchacho fuerte y serio va por su camino, sin meterse con nadie. Un mequetrefillo pasa junto a él y, por sí, porque tiene un espíritu tan raquítico como su aspecto exterior, le insulta, le provoca.

El muchacho se ríe noblemente y, sin hacerle caso, sigue adelante. Pero el mequetrefillo insiste en sus provocaciones. El muchacho, al fin, se cansa, cae sobre él y... ¡ni el campeón mundial de boxeo!

Surge entonces el caballero de siempre, todo bondad y cortesía, que suplica con insistencia:

—¡Déjale! ¿No ves que es más pequeño que tú?

Si yo me viera injuriado alguna vez—hasta ahora—¡soy tan insignificante!—nadie se ha acordado de mí para eso—, me contendría de caer sobre mi espontáneo enemigo la voz de un caballero, que, todo bondad y cortesía, me suplicaría insistentemente en mi interior:

—¡Déjale! ¡No le pegues! ¿No ves que es más pequeño que tú?

El injuriador es siempre infinitamente más pequeño que el injuriado.

Miguel R. Seisdedos

LEA VD.

“Renovación de Madrid”

BAR ALHAMBRA

En este popular establecimiento, además de tomarse el mejor Café de la provincia, y licores de acreditadas marcas, se entera uno de las últimas noticias de todo el mundo, merced a la potente Radiola que tiene instalada dicho establecimiento.

Siempre BAR ALHAMBRA

